

La visita secreta de Juárez al Hospital de San Andrés

Es bien sabido que el embalsamamiento del cadáver de Maximiliano en Querétaro, a pesar de haber sido hecho por cuatro médicos, resultó mal ejecutado, por lo cual fue necesario un nuevo embalsamamiento, el cual se practicó en la capital de México, en la iglesia del Hospital de San Andrés. Esta era una iglesia mediana que cerraba el callejón de Betlemitas; después fue derribada, y el lugar donde estaba es hoy la calle de Xicotécatl. Por mis relaciones con las Hermanas de la Caridad de San Andrés, especialmente con la superiora, sor Juana Antía, española, y con la boticaria sor Felícitas González, guadalajareense, conocí bien esta iglesia antes y después del embalsamamiento. Tenía tres comunicaciones con el exterior, a saber: la puerta principal, que daba a la calle, la puerta del costado, que daba a un corredor del hospital, y la puerta de la sacristía, que daba a otro corredor del mismo. De la linternilla de la cúpula pendía una cadena y de ésta un candil.

A mi vuelta de Europa llegué a la capital de México el día 23 de noviembre de 1867, es decir, pocos días después que el cadáver de Maximiliano había sido sacado de la iglesia de San Andrés para conducirlo a Veracruz. Venía enfermo, por lo que antes de pasar a Lagos me estuve una temporada en México para curarme. En esta temporada un mexicano antiguo amigo mío, y testigo ocular del segundo embalsamamiento del cadáver de Maximiliano, me refirió lo siguiente. Antes me exigió le prometiera bajo palabra de honor que jamás diría a nadie el secreto que me iba a comunicar, y se lo prometí.

Luego que las Hermanas de San Andrés recibieron la orden de desocupar la iglesia, porque en ella se iba a practicar el embalsamamiento, hicieron que se sacase del sagrario al Santísimo, los vasos sagrados, las aras, los manteles y demás paramentos, y la iglesia quedó convertida en un salón profano de operaciones quirúrgicas. Luego que el ataúd con el cadáver de Maximiliano fue

No hemos podido ubicar la autoría de este trabajo, pues en la copia del documento original no consta el nombre del autor, ni tampoco en una edición que se hizo en el suplemento "México en la Cultura" de la revista *Siempre*.



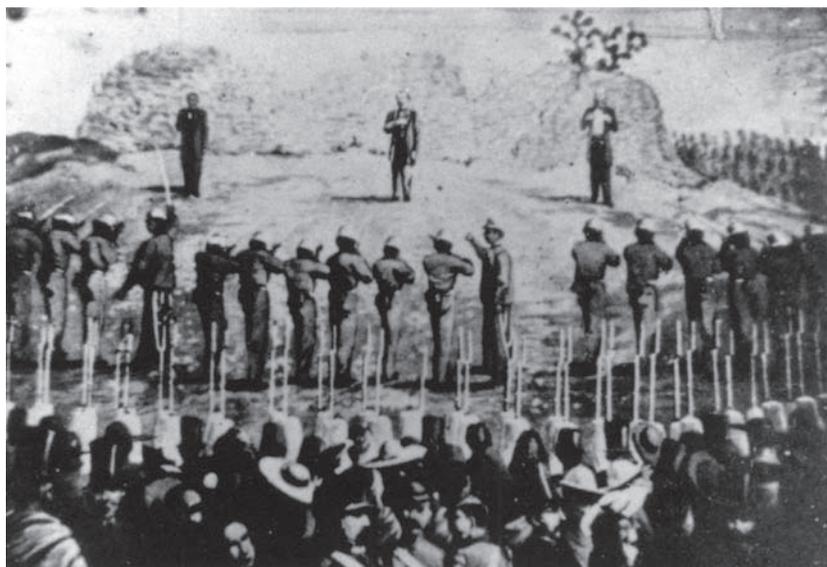
colocado en una gran mesa en medio de la iglesia, se situó en ésta a una tropa para que custodiase el cadáver. Se cerraron la puerta principal del templo y la del costado, y no se dejó más puerta de comunicación que la de la sacristía. Se puso en esta puerta otra guardia, con orden, bajo severas penas, de no dejar entrar a nadie, a excepción de las personas absolutamente necesarias para el embalsamamiento. Se puso otra guardia en el exterior de la puerta principal y otra en el exterior de la puerta del costado para que nadie se acercase a dichas puertas; otra guardia en la azotea del hospital para no dejar acercar a nadie a las ventanas del cuerpo de la iglesia que daban a dicha azotea, y otra guardia en las bóvedas del templo, para no dejar a nadie cerca de las ventanas de la cúpula. Esta rigurosa custodia de día y de noche, duró hasta que el cadáver fue sacado de la iglesia. Por supuesto que se eligieron para guardias a los soldados de más confianza, y para jefe de la tropa a un militar cuya fidelidad a la disciplina estaba muy experimentada.

Se desnudó completamente el cadáver, se ató en posición vertical a una escalerilla, y ésta se colgó de la cadena que pendía de la linterna, y hasta que escurrió todo el bálsamo que se había inyectado en Querétaro, se practicó el segundo embalsamamiento.

Juárez ordenó al jefe de la tropa que luego que terminara el embalsamamiento le avisara, antes que fuera vestido el cadáver. En un día de la segunda mitad de octubre se dio aviso a Juárez de que estaba terminado el embalsamamiento, y que al día siguiente sería vestido el cadáver, y Juárez dijo al jefe de la tropa que ese día, a las doce de la noche en punto, estaría de incógnito en la puerta principal del templo de San Andrés, encargándole una completa reserva.

En efecto, a las doce de la noche en punto se paró un coche a la puerta del templo de San Andrés, y el jefe de la tropa abrió inmediatamente la puerta. Entraron únicamente Juárez y su ministro Sebastián Lerdo de Tejada. Al entrar se descubrieron la cabeza y se dirigieron a la gran mesa que estaba en medio del templo, en la que

Pintado sobre un daguerrotipo de François Aubert, 1867. Maximiliano, Miramón y Mejía frente al pelotón de fusilamiento.





Daguerrotipo de François Aubert, 1867. Cruces que marcan los lugares donde fueron fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía en el cerro de Las Campanas.

estaba tendido el cadáver de Maximiliano, completamente desnudo y rodeado de gruesas hachas encendidas, y se pararon junto al cuerpo. Juárez se puso las manos por detrás, y por algunos instantes estuvo mirando el cadáver sin hablar palabra y sin que se le notara dolor ni gozo; su rostro parecía de piedra. Luego con la mano derecha midió el cadáver desde la cabeza hasta los pies, y dijo: "Era alto este hombre; pero no tenía buen cuerpo: tenía las piernas muy largas y desproporcionadas". Y después de otros momentos de silencio, dijo: "No tenía talento, porque aunque la frente parece espaciosa, es por la calvicie". Lerdo no dijo nada. Luego se sentaron en una banquilla que estaba frente al cadáver, siempre mirándolo. Juárez cruzó una que otra palabra con el jefe de la tropa, manifestándole su afecto por lo bien que estaba desempeñando su

comisión de la custodia del cadáver, porque se había hallado en el sitio de Querétaro y porque años atrás lo había tratado de cerca y estimado bastante. Juárez y Lerdo se volvieron en el mismo coche. La visita duró cosa de media hora.

Al día siguiente fue vestido el cadáver, y ya se permitió a varias personas la entrada a la iglesia de San Andrés a visitar los despojos mortales del ex emperador de México, previa licencia de una autoridad superior al jefe de la tropa, la que continuó custodiando de día y de noche el cadáver, hasta el día en que fue sacado de dicha iglesia para ser conducido a Veracruz. Se permitió también tomar fotografías del cadáver.

Luego que escuché la narración anterior, la escribí para que no se me olvidaran los detalles, y conservo el manuscrito.

Pocos días después que mi amigo me honró con su confianza haciéndome una revelación interesante, a tres jefes republicanos que vivían en la capital de México, al tiempo del segundo embalsamamiento, les hice esta pregunta: "¿Juárez conocería el cadáver de Maximiliano?" Y cada uno me contestó: "Creo que no".

En 1891 imprimí el tomo 3o. de mis *Anales de la época de la Reforma y del Segundo Imperio*, y estando para publicar esta visita de Juárez y Lerdo; pero para ver si podía hacerlo sin quebrantar la palabra de honor que



yo había dado a mi amigo y guardaba hacía veinticuatro años, escribí a un amigo mío, general de brigada, que había sido uno de los sitiadores de Querétaro y vivido muchos años en la capital de México, preguntándole si sabía que Juárez hubiese conocido alguna vez el cadáver de Maximiliano, y me contestó que no sabía nada.

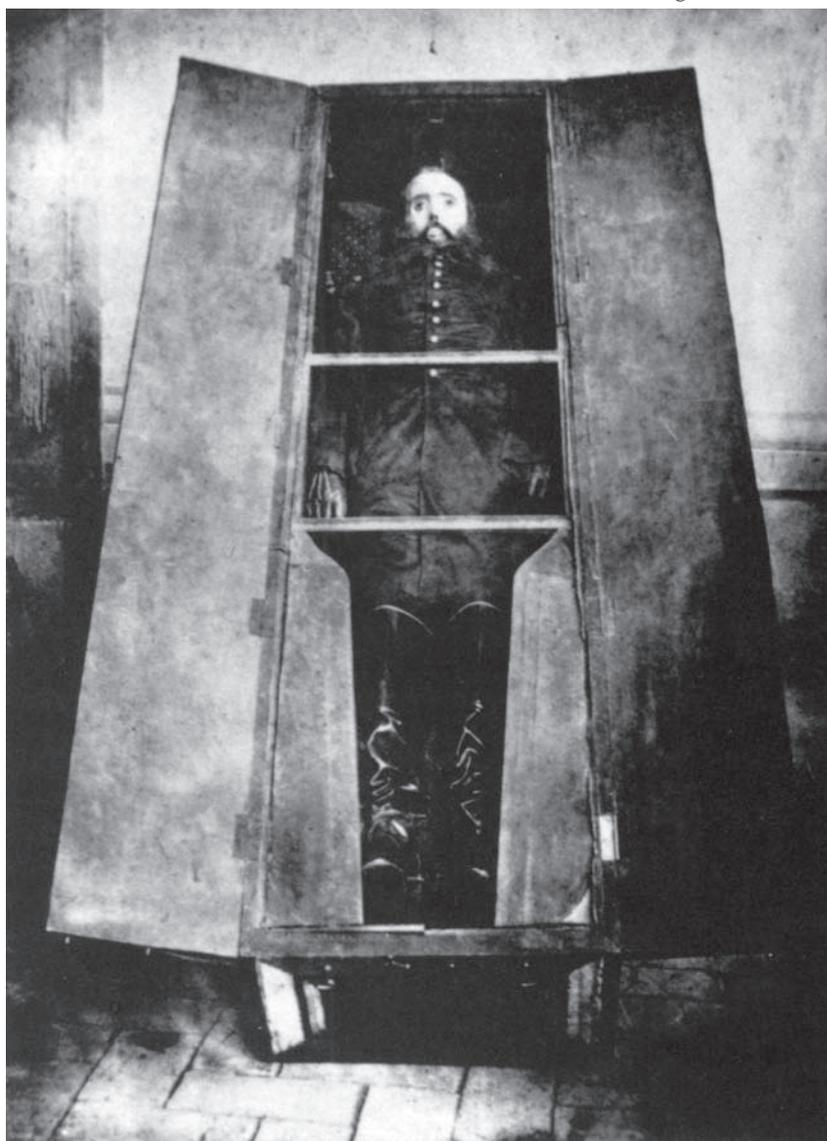
Le supliqué que hiciera la misma pregunta a algunos militares que hubiesen vivido en la capital de México en los últimos meses de 1867, y me contestó: "que había preguntado a varios militares que habían vivido en la capital de México en los últimos meses de 1867, entre ellos al coronel licenciado Manuel Aspiroz, que había sido fiscal en el proceso de Maximiliano, y que cada uno le había contestado que no sabía nada". Entonces dije entre mí: "Me obliga todavía el secreto", y no publiqué en mis *Anales* nada de la mencionada visita de Juárez y Lerdo.

El tiempo, en su número del 30 de diciembre de 1892, tomando su noticia del periódico *La Sombra de Arteaga*, hablando del Palacio de Gobierno de Querétaro, dijo: "A la historia política de este palacio pertenecen varios episodios. En la pieza donde actualmente está el archivo de su gobierno, estuvo expuesto el cadáver de Maximiliano de Austria, y allí fue visitado por el Presidente de la República, don Benito Juárez".

El hecho es falso, y cuando yo leí ese artículo dije entre mí: "Ya la olieron y andan husmeando".

En fin, *El Universal*, en su número del 25 de noviembre de 1893, publicó una poesía de Juan de Dios Peza intitulada: *La Calle de Xicoténcatl*, en la que el renombrado poeta, hablando de la antigua iglesia de San Andrés que estaba donde hoy está dicha calle, dijo:

Daguerrotipo de François Aubert, 1867. Fotografía del cadáver del emperador Maximiliano en su ataúd, con el uniforme de gala.



Y allí estaba aquel cadáver,
Limpia la faz, roto el pecho,
Como una lección terrible,
Como un inmortal ejemplo.

El sabio a quien encargóse
EL nuevo embalsamamiento,
Era del ilustre Juárez
Al par que amigo su médico.

No bien con expertas manos
Ligó los inertes miembros,
Dejó, por secar las vendas
Suspendido al aire el cuerpo.

Pendiente de los dos hombros
En un arco de aquel templo,
Y con los ojos de esmalte,
Retando al abismo negro,

Sólo quedó el soberano,
Rígido como el acero,
Con olorosos barnices
Mojando a sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche
A Juárez dijo su médico,
Más bien que en tono de súplica,
En son de dulce consejo:

"No quiero encerrar al príncipe
Para siempre en otro féretro,
Antes de que de mi brazo
Vayáis vos a conocerlo".

Y Juárez cedió a la oferta,
Y esa noche en el silencio
Llegó al misterioso sitio
Conversando a paso lento,

Dos lámparas encendidas
Mal alumbraban el templo,
Y en la penumbra del fondo
Se destacaba aquel muerto.

Aviváronse las luces
Y bañó un fulgor intenso
El rostro color de cera
Con ojos color de cielo.

Juárez se acercó impasible
En holgada capa envuelto,
Sin dar señales ningunas
De angustia o desasosiego.

Y de pie frente al cadáver
Clavó en él sus ojos negros,
Y se lo quedó mirando
Con un semblante de hierro.

Y después de haber estado
Contemplándolo en silencio,
"Ya lo vi, dijo una voz baja,
El vendaje aún no está seco".

Y tomando por el brazo,
Cual de costumbre a su médico,
Sin hablar de aquella escena
Salió de allí a paso lento.

Cuando leí esta poesía, dije: "Se acabó el secreto, y en consecuencia, la obligación de guardarlo". Y con todo, callo el nombre de mi amigo, prefiriendo el respeto a su persona a la integridad histórica. (De *México en la Cultura*.)



LA IRONÍA DE MIRAMÓN ANTES DE SER FUSILADO

Se cuenta que al concluir el sitio de Querétaro en 1867 con la captura de Maximiliano, once generales, seiscientos oficiales y cerca de siete mil soldados, entre ellos los generales conservadores Miguel Miramón y Tomás Mejía, el día que iban a ir al paredón, Maximiliano preguntó a Miramón cuál era el traje apropiado para la trágica ocasión. El general mexicano respondió: "Majestad, es la primera vez que me fusilan, ignoro lo que la etiqueta prescribe en estos casos".